

MASCULINIDAD Y MIGRACIÓN INTERNACIONAL: UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO

Germán Vega Briones*

Resumen

La idea principal de este artículo es presentar algunas de las contribuciones de los estudios de masculinidades a los trabajos sobre Migración Internacional. Así, usando algunas entrevistas o casos de estudio, en este trabajo se intenta mostrar si existen o no algunos cambios entre los géneros a partir de la contribución laboral de las mujeres en la región Fronteriza entre México y los Estados Unidos.

Palabras clave: Género, Masculinidad, Migración

MANHOOD AND INTERNATIONAL MIGRATION: A GENDER PERSPECTIVE.

Abstract

The main idea of this article is to present some contributions of manhood studies to the works about international migration. Using some interviews or study subject, this work attempts to show if there exist or not some changes among gender starting from labouring contributions of women in the frontier region between Mexico, and the United States.

Keywords: Masculinity, migration, Gender, Frontier

1. Introducción

En términos de los estudios de migración internacional, hace ya un buen tiempo que los estudios del “transnacionalismo” dieron cuenta de la complejidad de la vida cotidiana de la población envuelta en la migración, en el sentido de que los migrantes, al igual que sus familiares que se quedan en las comunidades, viven un proceso que les permite “tener un pie en México y otro en los Estados Unidos.” Aunque existe un buen número de publicaciones que dan cuenta de esta situación, aun queda mucho por escribir respecto a la heterogeneidad que caracteriza al proceso migratorio. Por ejemplo, la migración no es vivida de la misma manera por hombres que por mujeres o por jóvenes. Si bien se

ha avanzado mucho en el terreno de los “nichos laborales” o el mercado laboral de los migrantes, y se continúa dando cuenta de las diversas experiencias o transformaciones en los aspectos culturales, sociales y/o de género, hace falta profundizar en la heterogeneidad de estas dimensiones de la migración. En este sentido, el presente trabajo tiene como objetivo general discutir si los estudios de masculinidad aportan algo al intrincado fenómeno migratorio. De manera concreta, pretendemos también mostrar si el proceso migratorio entre México y Estados Unidos esta generando “cambios” en las relaciones entre los géneros al interior de las familias que cuentan con experiencia migratoria internacional y si, la participación de las mujeres en este proceso, tanto en términos laborales como no laborales, esta dando

lugar a una situación de relaciones más igualitarias entre los géneros. Para tal propósito iniciaré este artículo sintetizando algunos de los trabajos más importantes que discuten la relación migración-género, y algunos trabajos sobre masculinidad. Finalmente, presentaré y discutiré una serie de extractos de entrevistas con familias donde al menos uno de sus miembros ha trabajado en los Estados Unidos.

2. Antecedentes: migraciones internacionales y globalización económica

Actualmente las migraciones internacionales constituyen un factor de creciente preocupación en el ámbito nacional e internacional, por los desplazamientos de trabajadores de países subdesarrollados hacia países altamente industrializados, trayendo como consecuencia para el país una pérdida de población en edad activa y a nivel de hogares, cambios al interior de su estructura (Martine, 2000, citado en Huerta, 2006)). De modo que ante el proceso de globalización, los países de América Latina no han logrado satisfacer las necesidades sociales y económicas de su población, por lo que se han visto afectados de manera intensa por el fenómeno migratorio (Martine, 2000). En el caso Mexicano, autores como González (1999) y Canales (2000; 2002), Huerta (2006) consideran que, en épocas recientes, el desempleo, la inestabilidad salarial y las constantes crisis económicas por las que ha pasado el país son las causas principales de la migración hacia el vecino país del norte.

Otro factor que contribuyó al incremento de la migración mexicana en las últimas dos décadas del siglo XX, es que la economía de los Estados Unidos entró en un claro estancamiento (recesión económica durante 2008) que se expresó en una creciente pérdida de competitividad en el comercio mundial. Ante esta situación, diversas estrategias se pusieron en práctica para recuperar el nivel de competencia de las empresas estadounidenses. Entre éstas, la innovación tecnológica

orientada a mejorar los niveles de productividad del trabajo, también se presentó una flexibilidad y desregulación del mercado laboral, ofreciendo trabajo a la población migrante.

En términos generales, la gran mayoría de los trabajos recientes sobre migración internacional muestran que, desde los años ochenta, este proceso (o patrón migratorio) ha cambiado de diferentes maneras. Los migrantes en forma creciente se han estado trasladando hacia diferentes destinos urbanos en los EEUU y ellos mismos son, en porcentajes considerables, de origen urbano. En este sentido, ambos procesos implicaron que los migrantes tiendan a permanecer de manera más estable y por periodos más prolongados debido al escepticismo laboral y recortes de personal que se presentaron básicamente a partir de 2008.

Por otro lado, vale la pena llamar la atención acerca del efecto que ha tenido, sobre el proceso migratorio, el incremento en la vigilancia fronteriza por parte de los Estados Unidos a partir de 1994. Tanto Alonso (2001) como Cornelius (2001) han mostrado que para controlar las entradas ilegales por la frontera, los Estados Unidos iniciaron una serie de operativos entre los que destaca "Operation Gatekeeper", operativo implementado a partir de 1994 en la frontera entre California y Baja California, y que entre otras cosas ha venido a incrementar las muertes entre la población que fallece en su intento de lograr el sueño americano (Se trata fundamentalmente de población indocumentada que muere al intentar cruzar el desierto de California y Arizona, tanto por hipotermia como por deshidratación).

Lamentablemente, ninguno de los autores diferencia las estadísticas que presentan por sexo, por tanto no es posible distinguir cuantas de estas muertes corresponden a mujeres y/o niños que han fallecido en su intento por realizar "el sueño americano". Sin embargo, los peligros de la frontera

no han hecho disminuir el cruce por estas áreas de mujeres y niños, como lo atestiguan diferentes organismos gubernamentales y no gubernamentales, y el DIF. Esta Institución, incluso, ha expresado que en las diferentes ciudades donde ellos auxilian a los migrantes se ha hecho imposible contar con camas y alimentos para todos los menores que diariamente intentan cruzar hacia los Estados Unidos, lo mismo fue expresado por YMCA, el Ejército de Salvación, La Casa del Migrante y La Casa de la Madre Assunta, todas ellas ONGs dedicadas a auxiliar a la población que intenta cruzar hacia los EEUU o que ha sido rechazada en este intento.

Recientemente, trabajos como los de García y De Oliveira (1994) han discutido las interrelaciones entre trabajo y vida familiar en México, mostrando las diversas conexiones entre los aspectos culturales, sociales, demográficos, económicos, y políticos que envuelven esta relación de vida familiar y trabajo; y como cada uno de estos elementos cumple roles cruciales entre los géneros y las generaciones. Así, uno de los hallazgos más interesantes de estas autoras es que a pesar de que los varones en términos generales continúan tomando las decisiones más importantes dentro de los hogares (como la compra o adquisición de la casa, y la decisión de que las mujeres trabajen o no), varias mujeres empiezan a considerar su participación laboral como parte de un "proyecto de desarrollo personal" y ya no sólo como algo complementario a las actividades laborales de los varones. Otros autores como González de la Rocha (1994) han encontrado también, en sus estudios sobre las familias de escasos recursos de la ciudad de Guadalajara, que hoy en día la participación laboral femenina resulta necesaria porque un solo ingreso, tradicionalmente el de los varones considerados "jefes de familia," es insuficiente para la manutención de éstas. Concretamente González de la Rocha (1994) observa que la idea

de que los varones como únicos "breadwinners" esta cambiando, y que las economías domésticas de las familias mexicanas necesitan de la contribución monetaria tanto de las mujeres como de algunos de los hijos para poder compensar los bajos salarios y, a veces, escasas contribuciones de los varones.

Tanto García y De Oliveira (1994) como González de la Rocha (1994) señalan que a pesar de que cada vez más mujeres se están incorporando al mercado laboral, incluido el mercado laboral norteamericano, desafortunadamente sus importantes contribuciones económicas aún no les permiten el nivel de independencia esperado a partir de dichas contribuciones monetarias. González de la Rocha (1994), en particular, indica que la violencia es aun usada por los varones como un mecanismo que les permite reafirmar su control sobre las mujeres, y "para recordarles a éstas cuál es su lugar en el hogar." Sin embargo, nosotros encontramos, al igual que García y De Oliveira (1994), que la participación laboral de las mujeres, en distintas ciudades de frontera norte de México, y en otras comunidades donde hemos efectuado trabajo de investigación, les ha permitido a a las mujeres obtener ciertos niveles de autonomía, niveles que les han facilitado a las mujeres cierto margen de negociación respecto a la distribución de las tareas domésticas y el cuidado de los hijos (Vega, 1999).

Autoras como Williams (1995) considera que es necesario estudiar, también, los aspectos de género que permean la vida laboral de los varones. La mayoría de los trabajos sobre el empleo de los hombres dicen mucho sobre los significados, propósitos y aspiraciones que caracterizan la vida laboral de éstos, pero indican poco o casi nada acerca de como la masculinidad se relaciona con este tipo de preocupaciones. Williams (1989; 1995) comenta, que ambos, hombres y mujeres, se ven constreñidos, en sus lugares de trabajo, para actuar de ciertas maneras porque existen jerarquías

organizacionales (empresariales), descripciones de trabajo y practicas informales en el empleo, que están basadas en "suposiciones" acerca de lo que significa o implica lo masculino y lo femenino, y que esta construcción social de genero favorece, principalmente, a los varones recompensándolos por sus supuestas cualidades "masculinas" que, se dice, llevan con ellos a sus lugares de trabajo. Sin embargo, el significado e importancia de la masculinidad no es algo rígido, sino que continuamente es renegociado y reconstruido tanto en el lugar de trabajo como en ámbitos de socialización como la escuela, la iglesia, el vecindario, la familia, etc. Williams (1995) finaliza su argumentación explicando que por siglos el trabajo ha sido uno de los espacios de lucha más importantes en la consolidación y reproducción de la identidad de género, particularmente para los varones.

Las diferencias entre hombres y mujeres han sido enfatizadas sobre todo en términos estereotipados. Como no se avizora pronto el rompimiento del monopolio del poder de los varones en los centros de trabajo, habria que pensar quizás en una segunda opción: hacer cambiar a los hombres. Williams (1995) indica que esto es importante sobre todo si se piensa que los varones son socializados tradicionalmente en familias nucleares donde toda la responsabilidad por la crianza de los hijos recae en las madres. Luego entonces, si más hombres estuvieran íntimamente ligados en el cuidado y la crianza de los niños (como padres, profesores, enfermeros, bibliotecarios, trabajadores sociales, etc), entonces los niños no tendrían que definir masculinidad como la negación de la feminidad.

Segal (1990), introduce una contribución importante en términos de la operacionalización del concepto de género. Su centro de interés en los cambios acerca de la noción de masculinidad en los varones le recuerda a los lectores que los roles de género éstos están cambiando paulatinamente y que estos cambios se intersectan con el contexto social y cultural al que

pertenecen. Mientras los hombres han sido, tradicionalmente, parte de la estructura de poder, Segal (1990) argumenta que varios aspectos de la perspectiva masculina tradicional han estado cambiando con el tiempo. Los hombres, afirma Segal, deben tener la misma oportunidad que las mujeres en términos de no concebir su identidad como algo fijo. Si bien es cierto que los varones suelen resistirse a cambiar, Segal (1990) atribuye esta resistencia a la cultura individualista de la sociedad occidental, misma que sobre enfatiza la competencia y el éxito económico. Si bien empiezan a proliferar los estudios que conectan las categorías de género, familia y migración internacional; sin embargo, en su gran mayoría estos trabajos, hasta el momento, han puesto su atención en individuos y no en grupos familiares o la familia. Tradicionalmente los estudios sobre migración internacional han enfatizado ciertos aspectos de este proceso, tales como condicionantes socioeconómicas, funcionamiento de redes sociales, uso de remesas, lugares y tipo de empleos en los Estados Unidos, la incorporación de mujeres y jóvenes en el mercado laboral, y cambios en el estatus migratorio. Sin embargo, poco se había estudiado sobre posibles cambios en las relaciones entre los géneros y las familias luego de haber vivido y trabajado en los EEUU. Luego entonces, un punto central de este trabajo consiste en comentar el papel que ha jugado la familia, y las mujeres en particular, en la decisión de migrar, en el uso y administración de las remesas, en el acceso a determinados empleos y, en la construcción, expansión y mantenimiento de las redes sociales.

3. Migración a los Estados Unidos

Autoras como Hondagneu-Sotelo (1994), lleva esta discusión de familia y género al asunto de la reproducción del sistema patriarcal. La autora define este como "un fluido y cambiante grupo de relaciones sociales donde los hombres oprimen a las mujeres, y en el cual diferentes hombres ejercen distintos grados

de poder y control, mismo en el que las mujeres colaboran y se resisten de diferentes maneras.” Esta autora se plantea lo que a mi juicio es una de las preguntas más interesantes de su trabajo: ¿Qué elementos de poder patriarcal y de significados importantes son contruidos (y reconstruidos) en las relaciones familiares, y cómo estas relaciones patriarcales son reproducidas a través de la migración? De una manera bastante crítica Hondagneu-Sotelo (1994) señala que el énfasis en el análisis de la esfera reproductiva y de los hogares subestima el rol que juegan las estructuras de parentesco en la regulación de la vida social.

En este sentido, para esta autora, las relaciones de género al interior de las familias circunscriben las opciones y decisiones en torno a la migración. Estas relaciones de género, junto con edad, clase social, y estado civil, les imprimen varios constreñimientos a los individuos a la hora de decidir migrar a los EEUU. Hondagneu-Sotelo (1994) observa que mientras la incorporación de las mujeres en la fuerza laboral ha erosionado de algún modo la posición “central” de los varones como principales proveedores económicos, sin embargo, el trabajo femenino no es necesariamente un signo de emancipación. Algunos críticos de Hondagneu-Sotelo (1994) como Canales (1999) sostienen que si bien existen diferencias por sexo, también se presentan otros factores de diferenciación tanto o más importantes, como la edad, origen rural-urbano, posición en la estructura familiar, entre otros. Hirsch (1999), por otra parte, señala que ya es tiempo de reorientar la cuestión de si la migración empodera a las mujeres y dejar la búsqueda de una sola causa que explique dicho empoderamiento, dado que esta visión obscurece y hace pasar como invisibles los aspectos de género de los varones.

Otras estudiosas del tema, como Malkin (1998) analiza la cuestión de la “agencia” o poder a través de la manera como se construyen los discursos de la familia, la

clase y el respeto, debido a que estos discursos son usados para estructurar las identidades de los individuos como migrantes. En la investigación realizada en Ciudad Juárez (Vega, 1999) con población que ha ido a trabajar a los estados de Nevada, Arkansas y Oklahoma se encontró que, efectivamente, tanto los varones como las familias aun suelen apelar a la posibilidad de la separación de los hogares, los riesgos que adquieren las mujeres a la hora de migrar a los Estados Unidos y el descuido de la educación de los hijos como elementos discursivos para disuadir la decisión de migrar.

Evidentemente estos discursos, elaborados principalmente por varones, suelen apelar a la visión de una “doble moral”, y comúnmente este tipo de hombres exagera su preocupación ante la potencial pérdida de los privilegios de que gozan cuando sus esposas e hijas permanecen en casa (me refiero sobre todo a las tareas o responsabilidades del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos). Esto, sin embargo, no nos debe llevar a suponer que los individuos son antes pasivos ni a suponer que los varones son totalmente opuestos a “nuevos” cambios.

Szasz (1999:), por su parte, llama la atención sobre aspectos sumamente relevantes poco aludidos en la literatura sobre migración femenina hacia los Estados Unidos, los estudios sobre la mujer rescataron dimensiones socioculturales específicas en las motivaciones y características de la migración femenina y de la actividad laboral de las migrantes de origen rural, tales como la división del trabajo en el hogar, los patrones de autoridad, el control de la sexualidad femenina, los cambios acaecidos en el mercado matrimonial y las diferencias en los mercados de trabajo para hombres y mujeres en los contextos de origen y destino.

Los estudios de la mujer indica esta autora- enfatizaron la importancia de la unidad doméstica y las relaciones de parentesco en el estudio de las migraciones de

jóvenes rurales, y los estudios de género agregaron otras dimensiones, como las relaciones de poder y los conflictos de intereses en el interior de los hogares, así como los cambios relacionados con la autonomía femenina, la división del trabajo y las relaciones intergeneracionales que resultan de las migraciones.

Otro dato interesante aportado por Szasz (1999) consiste en afirmar que en la emigración a los Estados Unidos, las migrantes tienen menor fecundidad que las mujeres que permanecen en México. Al respecto esta autora afirma que la corriente migratoria femenina en la actualidad es de origen y destino urbanos y que ha aumentado la emigración internacional, destacando que las jóvenes solteras constituyen una minoría. Finalmente Szasz (1999) indica, discutiendo aspectos de género, que los migrantes varones, aunque sean solteros, tienen más posibilidades de negociar arreglos residenciales, porque no están sujetos al mismo control de la sexualidad. Y llama, también, la atención sobre el creciente flujo migratorio femenino hacia los Estados Unidos de mujeres solas que emigran principalmente para trabajar.

La presencia, cada vez mayor, de mujeres y jóvenes en el flujo migratorio internacional lo explica Szasz (1999) como consecuencia de las transformaciones que ha sufrido el mercado laboral norteamericano. Según esta autora, se prefiere contratar mujeres porque ello permite eludir más fácilmente el pago de los beneficios de seguridad social, así como por las ventajas que ofrece la rotación de personal. Empleos en el servicio doméstico, los servicios de limpieza, algunas tareas de oficina, el trabajo en la industria del vestido y ciertas tareas en las industrias enlatadoras y empacadoras, se caracterizan por su bajo prestigio y exiguas remuneraciones (Szasz, 1999).

En su estudio sobre el sur de Jalisco Woo (2001) resalta un punto sumamente relevante: que los estudios sobre migración y género no son generalizables: “El

empoderamiento, por ejemplo, que adquieren algunas mujeres a través de su experiencia laboral en los Estados Unidos y/o ante la ausencia del esposo en ocasión es temporal. Cuando la mujer tiene “éxito” al incorporarse al mercado laboral estadounidense, se crean las condiciones como para que puedan cambiar sus roles tradicionales. En cambio, cuando se da un “fracaso,” al salir del mercado laboral norteamericano, ello representa para estas mujeres una potencial pérdida de autonomía.”

Por su parte Barrera et al (2000), argumentan que la perspectiva de género ha permitido tender una nueva mirada para explicar e interpretar los movimientos migratorios a los Estados Unidos, tanto de hombres como de mujeres. Se indica, también, que aunque la migración corresponde a una estrategia familiar, las desigualdades de género hacen de la mujer el eslabón más débil, y de ese modo, el miembro más fácilmente sometido a unas estrategias de sobrevivencia que suponen relaciones de cooperación pero también de conflicto, donde se expresan la desigualdad y el poder al interior de estas unidades domésticas.

En el texto de Barrera et al (2000) se indica que frente a la ausencia masculina, las mujeres han asumido nuevas responsabilidades que anteriormente estaban a cargo de los varones. Entre ellas se encuentran: hacerse cargo del trabajo agrícola, la adquisición de los insumos y la defensa de sus tierras. Estas nuevas ocupaciones y responsabilidades no relevan a las mujeres de las tareas socialmente consideradas como “propias de su sexo, generalmente las vinculadas al cuidado del hogar y de los hijos. Sus nuevas responsabilidades- señalan Barrera et al (2000) no se traducen automáticamente ni necesariamente en una mayor capacidad de decisión de las mujeres, ni les otorga una mejor posición de poder o de prestigio al interior de las familias y comunidades. Más bien, se abre un campo de conflictos, negociación y acuerdos que involucran una nueva construcción de lo que socialmente

es aceptado como atributos de lo femenino y las relaciones entre los sexos.

Ariza (2000), por su parte, plantea que el foco del análisis no es ya preponderadamente la migración a los Estados Unidos y los mercados de trabajo, sino el carácter procesual de la migración en su vinculación dinámica con otras variables sociodemográficas. Se estudian así, en relación con la migración femenina, la dinámica familiar, la oposición entre los espacios públicos y privados, la identidad, etc., todo ello con la idea de evaluar su impacto en la situación de la mujer. Existe, entonces, según esta autora un enorme interés por destacar la “heterogeneidad” de los procesos migratorios antes que su generabilidad (homogeneidad). Además, los análisis sobre migración comúnmente descansan en esquemas interpretativos excesivamente economicistas e instrumentales que dificultan visualizar las interrelaciones entre la migración y otros aspectos sociales relevantes. “La nula consideración de los aspectos subjetivos y simbólicos, por ejemplo, impide por completo evaluar las interrelaciones entre la dimensión laboral de la migración y sus determinantes socioculturales.”

Otro señalamiento sumamente importante de Ariza (2000) es cuando argumenta que el problema más espinoso es el de la evaluación del impacto de la migración sobre las relaciones de género. Esta autora, señala, la manera como algunos autores proponen un modelo analítico cuyo eje reside en calibrar el efecto de la migración internacional sobre la situación de la mujer a través de contrastar las diferencias en los niveles de intercambio (económico y no económicos, sociales) que tienen lugar antes y después de la migración. “Estos intercambios incluyen tanto bienes y servicios, como cuotas de poder en cuanto al control de los propios recursos, los de otros miembros de la familia y el proceso de la toma de decisiones.” Según Ariza (2000), las alternativas resultantes de la experiencia

migratoria internacional podrían ser: mejoría en la situación de la mujer, deterioro, o reestructuración de las asimetrías. Esta propuesta se encamina en el sentido de recuperar los aspectos sociales, y no únicamente económicos, del proceso migratorio.

4. La cuestión de la Masculinidad

Pero para entender la fuente del origen de la desigualdad entre hombres y mujeres, es necesario detenerse a revisar lo que los estudios sobre masculinidad pudieran aportar, justamente para entender estas diferencias entre los géneros. Así, por ejemplo, autores como Godelier (1986), Brandes (1991) y Gilmore (1994) sostienen que en diferentes contextos culturales o entre diferentes sociedades, prácticas como la heterosexualidad, el matrimonio y la procreación son elementos que se entrelazan en la construcción de las representaciones de la masculinidad (como también la femineidad). Sin embargo, localmente estas prácticas no son suficientes para alcanzar el reconocimiento social de un hombre. Para legitimarse como hombres en las distintas sociedades, los varones deben cumplir con una serie de expectativas respecto de una representación local simbólicamente dominante de masculinidad, incluso, sostienen éstos autores, deben desplegar diversas estrategias y demostraciones de su género y de su hombría en ciertas circunstancias de interacción. (Ver los excelentes resúmenes de esta discusión en aurores como Huerta Rojas, 1999; López Moya, 1999; Cornwall y Lindisfarne, 1994; Gutmann, 1998).

Por ejemplo, para adecuarse al modelo dominante local de la masculinidad, se espera que los varones adultos actúen como hombres, mostrándose públicamente con la capacidad de mantener a su familia, y en muchos de los casos para saber mandar y lograr la obediencia de la esposa. En este caso un migrante que no cumpla con el rol esperado de ser buen proveedor económico, se

enfrenta, potencialmente, a ser censurado no solo por su familia sino por toda la comunidad de donde es originario. Se enfrenta, también, a potenciales castigos que van del ostracismo hasta el estigma de ser considerados “hombres incompletos” (esta expresión me fue referida por una mujer migrante que entrevisté en Ciudad Juárez, Chihuahua durante el año de 1999), pasando por agresiones verbales y apodos (guevon, mantenido, poco hombre, etc) y rechazos de diversa índole, incluido el sexual.

Pero la masculinidad también se puede entender y expresar a través de los deportes, el ejército, y más recientemente en su participación en los mercados laborales de los Estados Unidos (Cornwall and Lindisfarne, 1994). Huerta Rojas (1999), por ejemplo, sostiene que las canchas y otros espacios compartidos (los espacios de trabajo en los Estados Unidos) son lo que las plazas y los jardines centrales fueron- y con frecuencia siguen siendo- en las pequeñas localidades: lugares de esparcimiento, socialización, distribución de información acerca de empleos, etc. Y en estos espacios se marcan algunas de las sutiles diferencias entre juego, (y trabajo) en términos de aprendizaje de reglas y jerarquías. “Es posible agruparlo todo (el deporte) en el concepto de actividad lúdica, pero considerar que este es sólo una sucesión de ademanes, movimientos y emociones con las que nada se busca, que están al margen de los mandatos culturales, de su cumplimiento y reproducción, puede resultar de reflexiones poco rigurosas.”

En este sentido, el juego al igual que el trabajo en los Estados Unidos o el trabajo en general, contiene una serie de elementos de carácter ritual, competitivo, simbólico, mimético, reglamentado, de temporalidad y especialidad específica, y que considerados tanto como juego y empleo contienen otros elementos que convierten a “los deportes” y “el trabajo” en un espacio en el que se reproducen las estructuras, los sistemas y las instituciones sociales, es decir,

la desigualdad social, cultural, política, económica y de género (Huerta Rojas, 1999, el agregado sobre el trabajo en los EEUU es de mi exclusiva responsabilidad). Estas aseveraciones podrían ser fácilmente aplicadas para entender la participación y los roles de género, tanto de hombres como de mujeres, en el momento en que participan como trabajadores en los Estados Unidos.

De particular relevancia es la cada vez más intensa participación de mujeres y jóvenes, estos últimos suelen ver su inserción en el fenómeno migratorio como un ritual de pasaje, y para nada extraña que en sus lugares de origen, incluso, los niños hablen o se refieran a los lugares donde sus hermanos (as) y padres trabajan como sitios en los que pareciera que alguna vez han estado, aun si haber visitados éstos jamás (Vega, 1999). El juego tanto como el trabajo, en este sentido, puede ser considerado como una situación en que se producen y reproducen los valores y las prácticas de la opresión de género y la enajenación varonil. El juego, al igual que el trabajo es, también situación y contexto de formación de hombres: de sus cuerpos y sus mentes, de concepciones de hombría, de actitudes viriles, de ejercicio del imaginario patriarcal, de construcción y fortalecimiento o pérdida de poderes y prestigio (Para un mayor desarrollo de la conceptualización sobre cuerpo y masculinidad ver las publicaciones de Bordo, 1999).

Un excelente ejemplo de estas asimetrías de género nos la ofrece Hirsh (1999) cuando refiere el caso de que las mujeres estando en los Estados Unidos no solo se enfrentan a una legislación distinta, se apropian de ella y hacen uso de la línea de auxilio de 911 ante abusos físicos o psicológicos de sus compañeros. Incluso, esta autora se atreve a aseverar que algunos comportamientos de los hombres cambian debido al hecho de que varios de estos migrantes están en calidad de indocumentados, y en este sentido, lo que menos desean es atraer la atención de la policía

en casos de abusos físicos o de escándalos debidos al abuso de bebidas alcohólicas. Pero también, Hirsh (1999) se lamenta que los logros que en el terreno de una nueva legislación adquieren las mujeres, se vean perdidos o con pocas posibilidades de ejercer cuando éstas retornan a sus lugares de origen, dado el predominante ambiente patriarcal y machista que suele caracterizar a los lugares de origen de las mujeres migrantes.

Así, al partir de paradigmas epistemológicos que privilegian la subordinación de las personas y adoptar argumentos en los que subyace una noción esencialista de las identidades genéricas (de masculinidad y de femineidad), en este tipo de estudios la masculinidad aparece como algo dado por sentado, como si ésta se produjera al margen de la producción de la femineidad o de las formas de ser mujer aceptadas para cada sociedad. Al respecto, López Moya (1999) indica que algunos estudios no sólo dejaron de lado el carácter relacional y multidimensional del género, sino también las formas de poder y de dominio simbólico que todos los miembros de una sociedad construyen al relacionarse cotidianamente (Ver, también, Connell, 1997). En síntesis, la masculinidad no es una categoría inmutable para reflexionar acerca de los hombres, esta categoría se ha venido construyendo socialmente e incluye, también, a las mujeres, y tiene como característica central que se transforma de una época a otra.

Por otro lado, la masculinidad, también, ha sido abordada como una representación colectiva. Según De Keizer (1997), la identidad masculina contempla “un conjunto de atributos, valores y conductas que se suponen esenciales al varón en una cultura determinada.” Desde este enfoque, las concepciones culturales, los aspectos simbólicos y el mundo imaginario que se establecen alrededor de la masculinidad, varían tanto de una sociedad a otra como de una época a otra. Así referirse a distintas masculinidades (Brandes

1991, De Keizar 1997) o a diversas identidades masculinas (Gutmann 1993, Connell 1997), incluso dentro de una misma sociedad, y a grupos de edad y momento históricos específicos, ofrece una perspectiva más amplia para entender las intrincadas relaciones entre los géneros (Citado en López Moya, 1999).

En sus estudios sobre la masculinidad Badinter (1992) y Bourdieu (1996) enfatizaron los contrastes y la complementariedad entre masculinidad y femineidad, en el sentido que uno de los aspectos clave durante la adquisición de la identidad masculina es la búsqueda por la diferenciación, la lucha por no ser lo que dentro de un grupo se asigna a lo femenino. Así, actuar como un hombre, para algunos varones, es una práctica que puede estar marcada por un fuerte temor a todo lo que pueda feminizarlos, ya que de esta manera “se desvalorizan a sí mismos” y pierden o pudieran perder poder

como hombres. Para López Moya (1999), la masculinidad también ha sido abordada como una práctica “que se inscribe dentro del juego y la competencia social presente en las interacciones cotidianas”. Así, - comenta este autor- “en su estudio sobre las concepciones de la masculinidad en distintas culturas del mundo, Gilmore (1994) encontró que ésta aparece como algo precario e incierto, por lo que ha de ganarse con apremio y esfuerzo y, una vez alcanzada, deberá de mantenerse”. (Citado en López Moya, 1999).

Esta perspectiva sugiere que entre los varones existe una búsqueda constante o una ansiedad por la validación de su hombría. “En su interactuar cotidiano, los hombres se representan como buenos hombres desde un punto de vista moral, como ‘buenos hombres’ en función de la exigencia social acorde con las circunstancias en que interactúan, pues sus conductas y comportamientos quedan expuestos a la supervisión colectiva.” (citado

en López Moya, 1999). La exigencia o expectativa de ser buenos proveedores económicos constituye un excelente ejemplo, no solo para referirnos al caso de la migración internacional, sino para entender las sanciones, desprestigio e incluso castigos que un hombre puede sufrir al no cumplir con esta expectativa de ser buenos proveedores económicos, un rol fuertemente asociado no solo con un tipo de sociedad patriarcal, sino con las propias necesidades y preservación de los núcleos familiares y de los lugares de origen de los migrantes.

5. Las Entrevistas: A manera de ilustración.

La intención del siguiente apartado consiste en aportar dos extractos de entrevistas con el objetivo de usarlas, a manera de ilustración, de tal forma que nos puedan brindar información sobre la manera como viven, en forma cotidiana, los varones migrantes

Entrevistado 1:

Raul ... cuenta con experiencia migratoria a los Estados Unidos. Trabajó durante un buen tiempo cerca de las Vegas, Nevada en la construcción, pero debido a un accidente automovilístico Raúl y su esposa decidieron regresar a México. No fue una decisión sencilla porque Raúl se había hecho a la idea de trabajar unos cinco años, ahora y regresar a México para abrir un negocio. Aunque su historia laboral en los Estados Unidos no es muy larga, Raúl considera que aprendió mucho de esta experiencia y que vivir y trabajar en ese país le abrió los ojos sobre muchas cosas en las que anteriormente nunca había pensado mucho, entre ellas el hecho de que muchas mujeres trabajan en ese país y que para hacerlo controlan su natalidad y tienen pocos hijos. De hecho fue nuestra precaria situación económica la que nos animó a buscar trabajo en los Estados Unidos. Yo tenía cuñados que trabajaban en las Vegas y durante algún tiempo vivimos con ellos. Todo iba bien hasta que tuvimos ese accidente automovilístico, a partir de éste nos regresamos a la frontera.” Además, dado que estaba en calidad de indocumentado, y su esposa Esperanza no estaba trabajando fue como decidieron regresar a la frontera. Al poco tiempo de estar en Tijuana Raúl y Esperanza (todos los nombres siguientes son ficticios) discutieron largamente respecto a que fuera Raúl el que acudiera al médico para ya no tener mas hijos (Ya tenían tres hijos y consideraban que era más que suficiente para poder ofrecerles, al menos, educación y una buena alimentación). Raúl comentó que su salario no alcanzaba para sufragar los gastos de una familia compuesta por la esposa y dos niños en escuela secundaria y un niño de menos de un año que demandaba comida especial porque la madre no había podido alimentarlo con leche materna. Raúl conoció a un compañero de trabajo que le habló sobre las ventajas de la vasectomía. “Yo tenía algo de temor porque pensaba que con ello mi vida sexual llegaba a su fin, pero ahora me doy cuenta que es por machismo e ignorancia (y porque nos da vergüenza) no solemos solicitar información al respecto. Ahora me pregunto: Cuál es el sentido de tener tantos hijos si no va uno a poder mantenerlos a todos ni darles educación? “Así que le dimos varias vueltas al asunto, yo no quería que mi mujer trabajara, pienso que cuando una mujer trabaja descuida la educación de los hijos, particularmente cuando estos son pequeños. Fue entonces que nos decidimos por eso de la vasectomía.”

Entrevistado 2:

Edwis E., tiene 29 años de edad, ha trabajado en los EEUU, estudio solo hasta el tercer año de secundaria, trabaja como policía en el municipio. Su esposa, de nombre Rosa se dedica solo a las tareas del hogar. Ella tiene 33 años, estudios de secundaria y nunca ha trabajado en los EEUU. Edwis piensa que “eso de los anticonceptivos es una navaja de doble filo, son buenos sobre todo ahora con todos los problemas que hay de enfermedades sexuales, y sirven para planificar la familia, pero también para que las mujeres puedan engañar a sus esposos, si ellas así lo desean, sin el temor de quedar embarazadas, sin el temor a la prueba de la infidelidad. Yo nunca he usado ningún tipo de anticonceptivo, pero si fuera necesario los usaría. Yo jamás estaría dispuesto a operarme, eso si que no, es más fácil la operación en la mujer que en los hombres. A las mujeres solo se les corta un pedazo de las trompas de falopio y ya, y es mas fácil operarlas nuevamente si quieren volver a pegárselas. En el caso del hombre ya no hay marcha atrás, si te operan ya no podrías volver a ser papá, este es el inconveniente por el que yo jamás me operaría. Pero esta bien usar anticonceptivos porque ahora las familias ya no son tan grandes como las de antes, ahora ya no funciona tener cinco o diez hijos, ahora lo mas usual es tener solo dos o tres hijos porque la vida esta muy cara y los ingresos no alcanzan para mantener tanta familia.”

Entrevistada 3:

Edna R., madre de tres hijos de 17, 15 y 12 años de edad respectivamente, tiene 37 años de edad, cuenta con estudios de enfermería y se dedica actualmente a trabajar como agente de ventas para una compañía telefónica. Edna es una mujer divorciada que cuenta con bastante experiencia laboral en los EEUU. Antes de conseguir empleo en los EEUU Edna laboró en algunas maquiladoras (Camisas de Juarez, etc), en la Secretaria del Trabajo y Previsión Social, en planificación familiar en el IMSS, y como agente de ventas. Durante 1984 se fue a trabajar a El Paso, Texas, en un restaurante y en un bar, “me fui al Paso porque queria mejorar mi economía, para ganar un poco más que lo que recibía aquí en Juarez. En esa ocasión entré de manera ilegal, bueno con pasaporte local pero sin permiso para trabajar, duré en total un poco más de dos años trabajando en esta ciudad. Me fui a residir a El Paso porque no quería estar cruzando a diario como lo hace mucha gente, y quería, además, darles a mis hijos la oportunidad de estudiar en ese país. Durante esos dos años, económicamente estuvimos muy bien, y como fue en esa época (1986) que la situación para los ilegales se empezó a poner difícil, entonces decidí regresar a Ciudad Juarez. Después volví a trabajar en un bar en El Paso durante 1993, pero solo durante ocho meses. Pero te dire que el trabajo en el norte es bastante pesado, tan pesado que decidí salirme del restaurante donde trabajaba y durante un buen tiempo solo iba los fines de semana, así estuve trabajando durante algún tiempo.

6. Resultados: análisis e interpretación

De manera implícita o explícita, de los extractos de entrevistas arrojan que cuando las mujeres han trabajado suelen recibir ingresos menores a los de los varones, pues se asume la creencia que se necesita pagar más a éstos para poder mantener a sus dependientes (esposa e hijos). En tanto que los reducidos “éxitos” de las mujeres trabajadoras se deben aún a prácticas de discriminación por lo anteriormente señalado. Se puede, afirmar, también, que las mujeres siempre han estado presentes en el proceso migratorio internacional.

Por ejemplo, Edwis trabajó varios años en una maquiladora y jamás fue promovido. Lo mismo sucedió con Edna (ambos trabajaron algún tiempo en Estados

Unidos). Otras de las razones pudiera ser, también, el hecho de no hablar inglés. Otra hipótesis interesante es la que esgrime Williams (1995) al sostener que los empleadores deliberadamente otorgan posiciones de mayor rango o mando a los varones porque creen que esas posiciones o puestos demandan imparcialidad, habilidad empresarial, alta calificación técnica y agresividad, cualidades todas asociadas a los varones. En su trabajo sobre Ciudad Juárez, Fernandez-Kelly (1983) había mostrado ya que el acoso sexual y la discriminación eran pan de todos los días dentro de las maquiladoras. Sin embargo, a través de otras entrevistas con hombres y mujeres, pudimos constatar que la noción de masculinidad no es algo rígido ni algo inmutable, esto

se puede entender perfectamente al interpretar la manera como Edna u otras mujeres negocian su independencia.

El caso de Edna es un excelente testimonio de que la decisión de migrar no es de la exclusiva responsabilidad de los varones y que varios de éstos dialogan con sus compañeras al respecto. Aunque no está contenida en las entrevistas presentadas, existe información proporcionada por este tipo de varones quienes señalaron que se efectuaron, por ejemplo, la vasectomía luego de charlar con sus esposas y ponderar la información médica respecto a los potenciales riesgos de salud que una salpingoclasia hubiera implicado para las madres de sus hijos. Ante esta situación, varios varones, aunque a regañadientes,

aceptaron practicarse la vasectomía para no poner en riesgo la salud de sus compañeras. Esta actitud es un indicador de suma relevancia pues cuestiona opiniones no fundamentadas acerca del acendrado machismo de los varones mexicanos e indica que dialogar con sus compañeras y practicarse la vasectomía es un proceso que para nada atenta en contra de la virilidad de estos hombres migrantes ni pone en entredicho ésta.

Por otro lado, se puede derivar de éstas y otras entrevistas que no todos los varones son parte de la estructura de poder ni todos los hombres gozan de situaciones de privilegio económico, situación que hipotéticamente les posibilitaría explotar o sacar provecho de sus compañeras (no es que no existan estos casos, pero no todos los varones son abusivos ni son golpeadores). La actitud de algunos esposos de las mujeres entrevistadas, de dialogar con su esposa sobre ir o no a trabajar a los Estados Unidos, es una práctica cada vez más extendida entre diversos grupos de varones. Hemos efectuado entrevistas con hombres migrantes de diferentes partes del país y se ha podido constatar que dialogar entre parejas o con toda la familia suele ser un lugar común entre una cantidad considerable de varones.

Podríamos aseverar que, sin expresarlo en términos intelectuales, muchos varones entrevistados reivindican la equidad de género al dialogar con sus compañeras y solicitar su opinión sobre los pros y contras de migrar a los Estados Unidos. Sin embargo, también debemos decir que tanto la solidaridad como el conflicto, también, son parte de la vida cotidiana de las familias de los migrantes, y que el estudio de estas dos dimensiones permite un mejor entendimiento de los cambios que ocurren entre los grupos domésticos y los individuos que los conforman, estén o no unidos por lazos de parentesco. Además, como resultado de la construcción social de la identidad de género, hombres y mujeres pertenecientes a la misma unidad doméstica o familia

tienen diferentes percepciones y actitudes ante asuntos vitales como la decisión de trabajar en una maquiladora, buscar empleo en el sector servicios, trabajar en los EEUU, etc. (Consideramos que las tres entrevistas presentadas ilustran y constatan esta aseveración).

Por si fuera poco, no todas las opiniones de los miembros de la familia tienen igual peso y el poder dentro de éstas se encuentra desigualmente distribuido dependiendo de la edad y las jerarquías de género. En este sentido, los estudios recientes sobre el papel de las mujeres en el proceso de la migración internacional muestran que la participación laboral de éstas ha venido posibilitando mayores niveles de igualdad entre los géneros. En este documento nos interesaba resaltar algunos cambios recientes que hemos encontrado respecto a las relaciones entre los géneros a partir de la experiencia migratoria de las mujeres de la frontera norte de México (Vega, 1999). Nos interesó, también, dar cuenta, a través de los extractos de las entrevistas, de la concepción e importancia del matrimonio y la familia entre los migrantes, particularmente de las mujeres. En este sentido, se quiso resaltar la percepción de hombres y mujeres que participan laboralmente.

Las mujeres que han desarrollado trabajo remunerado en los EEUU han venido expresando cambios en sus concepciones y prácticas matrimoniales y de familia. Para algunas de éstas, el trabajo remunerado empieza a ser considerado como parte de una nueva visión de desarrollo personal y algunas de estas mujeres ya no se perciben, como lo hicieron la mayoría de sus progenitoras, como simples perpetuadoras de la familia o como algunas de ellas lo expresaron "no queremos que se nos continúe clasificando más como simples esposas". De hecho, para estas mujeres con experiencia migratoria internacional, el matrimonio no es ya la única opción de vida, el trabajo remunerado y la obtención de mayores niveles de educación formal empiezan a formar parte de

sus nuevos proyectos de vida. Esto quedó muy claro a través de lo expuesto en los casos de las mujeres entrevistadas (Edna).

Es importante, también, discutir la manera como los varones han estado tomando estos cambios de actitud de las mujeres migrantes, y llamar la atención acerca de las resistencias, ambigüedades y distintas respuestas que estos han manifestado ante tales cambios. Quizás hasta este momento uno de los elementos centrales, encontrados entre los varones, es el que tiene que ver con el hecho de ser percibidos como "buenos" proveedores económicos, ya que la percepción que se tenga de éstos al respecto pudiera incidir, incluso, en asuntos tan íntimos como la sexualidad y la propia percepción que de la virilidad hayan construido o aprendido los varones.

Como ya vimos, y las entrevistas dejan ver esta compleja dimensión, el no ser buenos proveedores económicos (expresión también de los varones a través de la cual se legitiman y legitiman su identidad de género como varones) puede generar cierto tipo de castigos o sanciones que van del ostracismo, el repudio público y el rechazo sexual. Pero estas sanciones no solo son inflingidas por sus compañeras, lo son también por otros miembros de las respectivas familias y la comunidad en general, particularmente en los contextos rurales, aunque también aplica para las zonas urbanas.

Una cuestión interesante de este tipo de entrevistas es que dejan entrever con toda claridad que un buen sector de mujeres aún suele percibir y concebir a los varones como los principales proveedores económicos. Aun son pocos los casos en los que las mujeres tienen como proyecto de desarrollo personal estudiar, trabajar y ser totalmente independientes. Esto es aún muy común sobre todo en los sectores rurales de nuestro país, y se agudiza en las comunidades indígenas. Pero en parte esto es entendible porque como vimos en la bibliografía consultada que hoy en día contar únicamente con el ingreso del esposo es

insuficiente para mantener a una familia, particularmente si ésta está compuesta por varios hijos y otros parientes como los padres de alguno de los conyuges.

Uno de los varones entrevistados llegó a explicarnos que ayudar a su esposa para nada lo disminuía como varón, todo lo contrario lo hacía más hombre y mejor padre. Armando –la persona entrevistada aludida- admitió que varias concepciones de la vida que el daba por sentadas cambiaron cuando conoció a su esposa, y particularmente al relacionarse con los distintos miembros de la familia de su esposa, mismos que en su gran mayoría han trabajado en Estados Unidos. Aunque no le gustan muchas cosas del “american way of life”, el contacto con este país a través de la familia de esposa y de su propia experiencia laboral en ese país sí le hizo repensar muchas concepciones de la vida, entre estas destacó que “entre los gringos las mujeres gozan de más libertades y son más respetadas, aunque hay de todo en la viña del Señor.”

En este sentido, varias de las actuales actitudes de Armando testimonian la afirmación de Hirsh (1999) en el sentido de que “a diferencia de sus padres, las nuevas generaciones de migrantes no interpretan de manera automática los desacuerdos de sus esposas como un ataque a su autoridad u hombría. Como hemos dicho, el caso de Armando ilustra a la perfección la manera como se están perfilando algunos cambios de actitudes de varones que con o sin experiencia migratoria empiezan a valorar más a sus compañeras y a reconocer la importancia de la capacidad de proveedoras económicas que están teniendo las mujeres, particularmente a partir de su participación en el mercado laboral norteamericano. Hondagneu-Sotelo (1994) observa que la incorporación de las mujeres en la fuerza laboral ha erosionado de algún modo la posición “central” de los varones como principales proveedores económicos, y que el trabajo femenino no es necesariamente un

signo de emancipación.

Varios autores han indicado el incremento no sólo de mujeres en el proceso migratorio, han señalado la presencia de mujeres solas y jóvenes que se trasladan hacia los Estados Unidos en busca del sueño americano. Así que se podrá elaborar mucho sobre las causas de la participación de las mujeres en el proceso migratorio, pero lo que hace falta es profundizar en las distintas consecuencias o efectos que este proceso está teniendo, tanto para los varones, las mujeres mismas y las comunidades de donde estas son originarias y sus propias familias. Como se discutía en la literatura de los años 1980s sobre el síndrome de la migración o el proceso de norteamericanización: una vez que este proceso inicia, construye sus propias condiciones para continuar. O como dijera una autora de esa época: los migrantes han empezado a concebir la migración como la profesión de hacer dólares.”

Tal como ya lo había indicado de Barbieri (1984) casi dos décadas atrás, nosotros encontramos, también, que son justamente las familias o parejas más jóvenes las que observan actitudes de mayor apertura, y son estas las que más comúnmente toman decisiones en pareja, aunque esta situación también la pudimos observar entre familias de mayor edad, incluidas aquellas de bajos recursos y escasos niveles de escolaridad. Lo queremos decir con esto es que no hay patrones fijos, que ni edad, escolaridad, ni lugar de origen fueron elementos determinantes a la hora de decidir ir a trabajar a los Estados Unidos. Agregado al tema de la migración, resultó interesante corroborar que, por ejemplo, la “decisión” no solo de tener pocos hijos sino, inclusive, la disponibilidad de algunos varones para efectuarse ellos la vasectomía a fin de prevenir los riesgos, potenciales o reales, que pudieran sufrir sus compañeras al tener estas que optar por un método anticonceptivo definitivo. Suponemos que estamos ante algún tipo de cambio de actitud generacional, en el que

la participación de las mujeres dentro del mercado laboral, como migrantes internacionales, ha tenido mucho que ver (la mayoría de las esposas de los varones entrevistados se encontraban trabajando cuando nosotros efectuamos el trabajo etnográfico). Sin duda alguna este tipo de cambios no hubieran resultado fáciles si las mujeres no trabajaran y efectuaran las importantísimas contribuciones económicas que realizan.

Varios de los varones entrevistados manifestaron que ellos no tenían nada de información sobre “como cuidarse” para no quedar embarazados a cada rato. Estos, expresaron que estaban “muy sorprendidos de que con la aparición del sida, los jovencitos cuenten hoy en día con mucha información sobre que usar aun desde antes de casarse o para prevenir enfermedades transmitidas sexualmente.” Hubo casos en los que los varones dijeron que ellos nunca habían usado preservativos, que ni siquiera los conocían y que tampoco les atraía la idea de usar algo, menos ahora que sus esposas estaban operadas. En términos generales, encontramos varios casos en que las mujeres habían sido ya operadas, y muy pocos en los que los varones se hubieran efectuado la vasectomía. Aquí también los datos cuantitativos fueron contundentes al mostrar que comparados con las salpingoclasias las vasectomías son mínimas, sin embargo, los datos mostraron también una tendencia, modesta aun, hacia un incremento en el caso de las vasectomías. Esto pudiera hacernos pensar en actitudes, aun predominantes, de un machismo ramplante, sin embargo, la información etnográfica nos permite concluir que no necesariamente es el caso, y que existen más mitos que información confiable. Además, los incrementos en vasectomías reflejan, también, algunos cambios en las actitudes de los varones respecto a no dejar ya sólo en las mujeres la responsabilidad de la planificación de la familia. La gran mayoría de los varones expresaron que el uso de condones restaba

placer a la relación sexual, una idea aun bastante predominante entre los hombres, aunque también hubo varones que sostuvieron que esas ideas eran “puro mito y que lo que sucede es que muchos hombres lo único que no desean es tomar responsabilidad sobre su sexualidad.”

7. Consideraciones Finales

En síntesis, queremos llamar la atención acerca de que no hay respuestas únicas, que hay enormes vacíos de información médica y rechazo debido a prejuicios o estereotipos más que información confiable. Sin embargo, nos parece, como tendencia general, que los varones Tijuaneños están adoptando actitudes de mayor apertura hacia su salud sexual y mayor consciencia acerca de que en ocasiones es preferible o necesario que ellos se hagan la vasectomía a fin de evitar los riesgos que pudieran tener sus mujeres si llegasen a operarse. Parte del problema de algunas de las actitudes “conservadoras” de algunos varones tiene que ver con falta de información, carencia de infraestructura médica, y en algunos casos recursos económicos limitados como para poder acceder a este tipo de servicios especializados, nos referimos básicamente al chequeo de la próstata, aunque esto también pudiera ser aplicable respecto al acceso a condones y a la vasectomía.

Por otra parte, pudimos apreciar también que aun existe, en el contexto del mundo laboral de la ciudad de la frontera Norte de México, un ambiente de machismo entreverado con valores patriarcales que limitan que los varones cooperen con sus compañeras a fin de evitar embarazos no deseados. Quizá debido a esta serie de elementos de tipo cultural (valores y creencias) aun muchos hombres no desean hacer uso de los condones porque creen y “sienten” que el disfrute sexual disminuye con el uso de los preservativos. Curiosamente algunas esposas de los varones entrevistados reforzaban esta actitud aduciendo que efectivamente no era lo mismo hacer el amor con condón

que sin el. Y existen todavía varones que simplemente no desean saber nada de condones o vasectomía porque estas cuestiones van en contra de sus ideas religiosas.

Hubo también población entrevistada que debido a la edad nunca tuvo necesidad de recurrir a algún método anticonceptivo y afirmaron que eso era asunto de las nuevas generaciones. Habría que decir que en varios de estos casos de población de la tercera edad sus compañeras habían sido previamente operadas, razón que directamente los eximia de la responsabilidad de hacer uso de, por ejemplo, preservativos. Este tipo de varones asumieron también, en general, que en sus casos nunca existieron prácticas sexuales extramaritales, ni de parte de ellos ni de sus mujeres. Incluso llegaron a señalar con bastante tono moralista que una de las razones por las cuales las familias se estaban desintegrando era por el acceso y abuso de los anticonceptivos, ya que mediante el uso de estos ahora estaban proliferando las relaciones extramaritales, que nadie podía tener control de eso y que cuando alguno de los cónyuges se enteraba decidía separarse del o la compañera.

En términos generales, las diversas entrevistas efectuadas dejaron ver que aun existen muchas resistencias, miedos, tabúes, prejuicios y, sobre todo, falta de información apropiada sobre condones, vasectomía y próstata. El asunto del uso de medidas anticonceptivas que están utilizando las “nuevas parejas”, nos parece, indican, por una parte, las actitudes de los varones (y también de las mujeres) en torno a la sexualidad. Asimismo, dan cuenta de las condiciones económicas que esta viviendo esta población, la cual les ha llevado a “tomar la decisión” de tener sólo dos o tres hijos como máximo. Evidentemente el uso de determinado método anticonceptivo implica cierto nivel de negociación entre las parejas, suponemos que las respectivas decisiones que se toman al respecto están permeadas de ambivalencias, contradicciones, imposiciones, y en varios casos, respeto y cooperación.

Quisiéramos señalar; sin embargo, que no todo es o blanco o negro, es decir, que las decisiones que son tomadas, tanto a nivel individual como por parejas, no son necesariamente fáciles, simples ni carentes discusión y conflicto. Deseamos indicar aquí que aunque nuestro foco de atención fueron las percepciones y conductas de los varones en relación a la participación de las mujeres en el proceso migratorio internacional y la vinculación de este proceso con el tema de la masculinidad. Pero para entender la fuente del origen de la desigualdad entre hombres y mujeres, nos recuerda Williams (1995) es necesario detenerse a revisar lo que los estudios sobre masculinidad pudieran aportar, justamente para entender estas diferencias entre los géneros.

En este sentido, el creciente interés por los estudios de masculinidad se debe, en parte, a la abundante producción de estudios que critican la existencia de relaciones de desigualdad y de dominación genérica entre distintos grupos sociales (Gilmore 1994, Connell 1997), argumentando que no todos los hombres gozan de situaciones de privilegio económico, por ejemplo, que hipotéticamente les posibilitaría explotar o sacar provecho tanto de hombres como de mujeres. Por otra parte, varones simpatizantes del movimiento feminista de diversos países, cuestionan poseer privilegios y posiciones de poder sobre las mujeres (Kimmel 1992), y han formado grupos que reivindican la equidad entre los géneros (Valdés 1988, Citado en López Moya, 1999). Autores como Mohanty (1991), Hooks (1990), y Collins (1991) critican el “colonialismo discursivo” que ha producido el feminismo occidental, al producir una imagen de las mujeres del ‘tercer mundo’ como un grupo homogéneo, subordinado y sin historia.

Así, al partir de paradigmas epistemológicos que privilegian la subordinación de las personas y adoptar argumentos en los que subyace una noción esencialista de las identidades genéricas (de

masculinidad y de femineidad), en este tipo de estudios la masculinidad aparece como algo dado por sentado (Gilmore 1994), como si ésta se produjera al margen de la producción de la femineidad o de las formas de ser mujer aceptadas para cada sociedad. Al respecto, López Moya (1999) indica que algunos estudios no sólo dejaron de lado el carácter relacional y multidimensional del género, sino también las formas de poder y de dominio simbólico que todos los miembros de una sociedad construyen al relacionarse cotidianamente (Ver, también, Connell, 1997). En síntesis, la masculinidad no es una categoría inmutable para reflexionar acerca de los hombres, esta categoría se ha venido construyendo socialmente e incluye, también, a las mujeres, y tiene como característica central que se transforma de una época a otra.

Referencia Bibliohemerograficas

Alonso Meneses, Guillermo (2201).

"Riesgos y Vulnerabilidad en la Migración Clandestina." En Ciudades, Num. 52, octubre-diciembre

Ariza, Marina. (2000).

"Género y Migración Femenina: Dimensiones Analíticas y Desafíos Metodológicos." En Dalia Barrera Bassoils y Cristina Oehmichen Bazan Editoras. Migración y Relaciones de Genero en México. GIMTRAP/UNAM/ IIA

Badinter, Elizabeth (1992).

Masculine identity. USA: Columbia University Press.

Barrera Bassols, Dalia y Cristina Oehmichen Bazan (Editoras). (2000). Migración y Relaciones de Género en México. GIMTRAP, A.C. IIA/UNAM

Bordo, Susan (1999).

The Male Body. A New Look at Men in Public and Private. New York: Farrar, Straus and Giroux.

Bourdieu, Pierre (1990).

"La dominación masculina", en La Ventana, Revista Estudios de género, Núm. 3, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp 7-95.

Brandes, Stanley (1991).

"Ideología masculina en Andalucía", en Carmen Ramos (comp.) El género en perspectiv: de la dominación universal a la representación múltiple. México, D.F: UAM.

Canales, Alejandro (2000).

"Determinantes sociodemográficos del retorno y asentamiento en la migración México-Estados Unidos." En A. Canales y P. Vargas (eds.) Migración y Trabajo. Impactos y Perspectivas de la Globalización. Juan Pablos Editores, Universidad de Guadalajara y University of California at Los Angeles (en Prensa).

Canales, Alejandro I. (2000).

"Migración internacional y flexibilidad laboral en el contexto del TLCAN". En: Revista Mexicana de Sociología. Vol. 62, Núm. 2. Abril-junio. Pp. 3-27.

Canales, Alejandro I. (2002).

"Migración y trabajo en la era de la globalización: el caso de la migración México-Estados Unidos en la década de 1990". En Papeles de Población. Núm. 33, Año 8, -julio-septiembre.

Collins Hill Patricia. (1991).

Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment. New York: Routledge, Chapman and Hall.

Connell, R.W (1997).

"La organización social de masculinidad", en Valdés Teresa y José Olavarría (eds.) Masculinidades: Poder y crisis. Chile: FLACSO.

Cornelius, A.Wayne (2001)

"Death at the Border: Efficacy and Unintended Consequences of US Immigration Control Policy." En Population and Development Review, Vol. 27, Num. 4, December

Cornwall, Andrea and Nancy Lindisfarne (1994).

"Dislocating masculinity", en Comparative Ethnographies. London: Routledge.

De Keizer, Benno (1997).

"El varón como factor de riesgo. Masculinidad, salud mental y salud reproductiva", en Esperanza Muñón Pablos (comp.) Género y salud en el sureste de México. México: ECOSUR, Universidad Autónoma de Tabasco.

Fernández-Kelly, María Patricia. 1983.

For We Are Sold, I and My People. Women and Industry in México's Frontier. Albany: State University of New York Press.

Godelier, Maurice (1986). La producción de los grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea. Madrid: Ed. Akal.

Gilmore, David D. (1994).

Hacerse hombre: concepciones culturales de la masculinidad. Barcelona, Paidós.

González de la Rocha, Mercedes. (1989)

Third world women and the politics of feminism. Indianapolis: Indiana University.

Segal, Lynne (1990).

Slow Motion. Changin Masculinities, Changing Men. New Jersey: Rutgers University Press

Szasz, Ivonne. (1999).

"La perspectiva de genero en el estudio de la migracion femenina en Mexico." En Brígida Garcia (coordinadora) Mujer, Genero y Poblacion en Mexico. El Colegio de Mexico/Sociedad Mexicana de Demografía

Vega Briones, German. (1997).

"Poder y Decisiones en la Unidad Domestica: La Identidad Masculina y las Relaciones entre los Géneros en Ciudad Juárez." Ponencia presentada en la XX International Congress of LASA, Guadalajara, México. Abril 18

Woo M. Ofelia. 2001.

Las Mujeres También Nos Vamos al Norte. México: Universidad de Guadalajara.

Germán Vega Briones

*Dr. en Sociología Profesor Investigador del Departamento de Estudios de Población en El Colegio de la Frontera Norte. A.C. Tijuana, México.
Email: gvega@colef.mx*

*Fecha de recepción: Septiembre 2009
Fecha de aprobación: Noviembre 2009*